



EMMA MIRTHALA, MI AMIGA DE TEATRO

Por Sandra Gutiérrez¹

Imagen de Sandra Gutiérrez

Esta obra quedará registrada bajo la licencia de Creative Commons (CC BY 4.0) Internacional



Mi primer acercamiento con la maestra Emma Mirthala fue en la obra de teatro *Ramona* de Rubén González Garza, bajo la dirección de Gilberto Loredó. Era una puesta en escena por parte de la Compañía de Teatro de la Facultad de Artes Escénicas en la que los alumnos tienen la oportunidad de actuar en un proyecto escénico en conjunto con maestros y egresados. En esa ocasión estuve apoyando a la maestra en lo que ella necesitara: traslados por detrás del ciclorama, su utilería, entradas y salidas al escenario o el texto. Ya tenía 83 años, no estamos hablando de una edad cualquiera, el mínimo detalle podía marcar la diferencia durante la función. Pero estaba con una actriz profesional —en ese momento, como joven ignorante, desconocía quién era y cuál era su trayectoria—, ella tenía todo bajo control. Siempre concentrada en lo que pasaba en el escenario, en personaje, no necesitaba de mí. Cuando entraba a escena, su forma de interpretar era muy natural y su presencia y proyección inundaban el espacio. ¡Era muy enriquecedor verla *ser* en el escenario! En ese momento no conectamos, sería hasta 2 años después cuando iniciaría nuestra amistad.

Para el 2013 tuve la oportunidad de empezar a trabajar con el director de teatro Luis Martín, quien fue el contacto clave que me uniría con Emma.

Empecé a trabajar para ella de 2 a 3 veces por semana dándole “clases de computación”, que en realidad lo que buscaba era el manejo de redes sociales —en ese entonces Facebook— para contactar con sus familiares, viejas amistades, compañeros artistas con los que había colaborado, entre otros. Conforme revisábamos las historias, fotos y perfiles, veía cómo su rostro se llenaba de alegría, surgían sonrisas y recuerdos. En ocasiones, la nostalgia la invadía y en otras la tristeza surgía al enterarse que algunas de sus amistades ya no estaban entre nosotros. De esta manera fue surgiendo la confianza y, en consecuencia, el afecto mutuo. Yo, con 22 y ella con 85, la edad no fue un impedimento para que surgiera la amistad.

Era emocionante ver y escuchar aquellas historias que muchos ya conocían, pero que para mí eran algo nuevo, la veía como un ejemplo a seguir.

Me contaba anécdotas del teatro en sus años, de los edificios que había y que ahora ya no existen, de las obras con sus grandes producciones y sus buenas temporadas. De aquel teatro profesional por el que se desvivían apasionadamente y del público que llenaba. En algunas ocasiones tuve la oportunidad de ver sus álbumes con fotografías de las obras en las que participó, así como las reseñas y notas periodísticas, pero lo mejor era el pequeño rincón de su casa en donde exhibía sus reconocimientos y premios a mejor actriz.

Emma y su gato.



Imagen de Sandra Gutiérrez

Dentro de los recuerdos compartidos también hubo momentos tristes; me platicó de la depresión que tuvo al momento de la pérdida de su madre, por quien vio y cuidó cuando enfermó. Como hija única, era su responsabilidad hacerlo. Eso hizo que se mantuviera alejada del teatro por años, pero con el tiempo, poco a poco, saldría adelante. Descubrí a una mujer fuerte, valiente y firme ante las muchas adversidades que atravesó. A una mujer solitaria, pero que disfrutaba de esa misma soledad en su casa, con sus plantas y acompañada de sus animales. A una mujer que daba mucho amor al prójimo buscando ayudar a los demás de alguna manera. Emma Mirthala era una persona llena de energía, estructurada con sus tiempos y actividades, era alguien determinante, aguerrida y elocuente. Siempre tenía algo que hacer y eso la mantenía así, sana y fuerte.

¹ Licenciada en Arte Teatral por la Facultad de Artes Escénicas de la UANL. Se ha desarrollado profesionalmente como actriz, directora, docente y en producción y logística cultural. Cuenta con un diplomado en Clown por Teatromuseo del Títere y Payaso de Valparaíso, Chile, y otro en Arte Terapia. Ha participado como actriz en diversas producciones con compañías como PROTEAC, La Percha Teatro y Teatro Solo. En 2022 dirigió Puros Cuentos Navideños y también ha ejercido la docencia en diversas instituciones educativas.

Emma Mirthala, dando clase de piano



Imagen de Sandra Gutiérrez

Sandra y Emma Mirthala.



Imagen de Sandra Gutiérrez

Una frase que en su momento me dijo y me marcó fue “La inteligencia de una persona se nota en la forma en la que habla, en cómo se expresa”. Y a partir de ahí, cuando platicábamos, en ocasiones me ponía nerviosa porque tenía que pensar muy bien cómo estructuraría mis palabras para evitar que me corrigiera —eso sin mencionar la correcta pronunciación y entonación de las palabras—. Admiraba su porte, espalda recta, hombros atrás, cuello firme, nunca encorvada, para entonces ya tenía más de 90 años y siempre la veía igual, su postura era la consecuencia de su presencia trabajada en el escenario.

A pesar de su avanzada edad, seguía dando clases de piano, entre otras cosas, porque los proyectos le seguían llegando: cortometrajes, lecturas dramatizadas, obras, premios y reconocimientos, los cuales le alegraban el corazón. Ella decía que le daba mucho gusto saber que aún la recordaran como artista, que la tuvieran presente por su trayectoria en el teatro. Y así debería de ser.

Como artistas en preparación o como profesionales de las artes debemos conocer nuestras bases de lo que somos hoy en día como comunidad teatral. Conocer a aquellos que empezaron a cultivar la semilla de un público, a cultivar la tradición de ir a un teatro, a cultivar la profesionalización de las artes. Por eso invito a seguir el ejemplo de la primera actriz; el ejemplo del compromiso, de la disciplina y de la pasión que se requiere en un montaje. Ella siempre se consideró una mujer de teatro y así fue, así es y así perdurará su memoria en este legado nuevoleonés en donde orgullosamente será recordada como la gran persona y artista que fue.

Emma Mirthala Cantú: Gracias por tu ejemplo a seguir, gracias hasta el cielo.

Emma Mirthala y Damián, hijo de Sandra.



Imagen de Sandra Gutiérrez

Emma, Salvador Ayala y Luis Martín en el patio central de Colegio Civil.



Imagen de Sandra Gutiérrez